

CASAMIENTO ENTRE DOS DAMAS.



NUEVA RELACION EN QUE SE REFIEREN LOS RAROS SUCESOS DE UNA Señora natural de la corte de Viena; y la fortuna que tuvo, habiéndose salido de su patria disfrazada en busca de un amante.

PRIMERA PARTE.

En la corte mas suprema,
en la mas luciente alcázar
que guarnece el claro Febo
con sus taréas diarias:
en esta hermosa palestra,
que hacen flores sus campañas,
formando cuadros amenos
con diversidad de plantas,
conjunto de varias flores
que hacen tegidas guirnaldas:
en este referido asiento,
en este *non plus* ó mapa,
que es la ciudad de Viena,
capital insigne de Austria.

donde el grande emperador,
columna de la fe santa,
tiene su solio y asiento
con magestad soberana:
en la mencionada corte,
de sangre calificada,
nació una hermosa doncella
con la cual la mano sacra
se esmeró en dar pefecciones
desde el cabello á la planta,
pues parecia á la vista
una beldad mas que humana.
Fuese criando este hechizo
con política enseñanza,

con muchas habilidades
 de letras y leguas varias.
 Era el imán del amor,
 la enmulacion de las damas;
 diez y ocho años tenia,
 edad florida y gallarda,
 cuando de muchos Adonis
 se veia idolatrada.
 Constante se defendia,
 hasta que llegó la aljava
 de Cupido, y la tiró
 una flecha con tal maña,
 que hiriéndole el corazon
 fué mariposa abrasada
 del garvo y la gentileza,
 y disposicion gallarda
 de un pretendiente amoroso;
 mas como el amor encarga
 la modestia en las bellezas,
 secretamente dió traza,
 pues las materias de amor
 fomentan ocultas causas.
 Fué avisado en un billete,
 que antes que rompiese el alba
 los crepúsculos del dia,
 advirtiese que le aguarda
 en el jardin, porque quiere
 decirle ciertas palabras.
 Recibido por el dicho
 el papelillo, se arma,
 cual Belisario en lo fuerte,
 cual Gerineldo en la gala:
 llegó la precisa hora,
 y con diligencia marcha.
 Mas le fué airada su estrella,
 pues sucedió la desgracia
 de encontrarse con la ronda,
 y pidiéndole las armas,
 la repuesta que les dió,
 fué el hechar mano á su espada,
 y Pompeyo en valor
 Hércules en las hazañas,

á dos les quitó la vida,
 y con grande vigilancia
 se retira cuidadoso,
 á todos haciendo cara.
 Doña Gertrudis que vé
 que su amante se tardaba,
 se hacia varios juicios,
 y con diligencias árduas
 se determinó saber
 dónde su amante paraba.
 Pasado ya mucho tiempo,
 se halló de paciencia falta,
 y determinó salirse
 con ánimo y arrogancia
 para buscar á su amante
 por las regiones estrañas,
 de un escritorio sacó
 cierta cantidad de plata,
 y tomando de su hermano
 el manteo y la sotana
 de la ciudad se salió
 de las sombras amparada.
 Anduvo diversas tierras,
 hasta que la estrella avara
 de su riguroso astro,
 le concedió que parára
 el curso de sus trabajos.
 Hizo en la Grecia morada,
 y en hábitos de estudiante
 á las puertas se llegaba
 de un palacio donde habita
 el dueño de la comarca;
 á cuyo impensado tiempo
 cierto page paseaba
 en palacio, y le pregunta
 qué se le ofrece ó qué manda!
 Gertrudis le respondió:
 que conveniencia buscaba
 para ejercitar la pluma.
 Le mandó que se aguardára,
 y le dió parte á su amo,
 que era de la real casa

el secretario mayor; y por no hacer dilatada la historia, digo, quedó don Carlos en dicha casa, á que comutando su nombre, por tal Carlos se nombraba. Tenia el principe invicto una hija, que era Palas por la hermosura y donaire, en su corte celebrada, prima de la tal señora, con quien Carlos habitaba; y viendo como se porta en lo que su amo manda, que era esperto en todas cosas le prodigaban mil gracias. Iba Carlos, page ya, acompañando á su ama en todas cuantas visitas van y vienen á su casa. Cayó la princesa enferma, fué su prima á visitarla, Carlos en su compañía; no refiero las estrañas cortesías competentes, que hizo Carlos á las damas. Hechas distintas preguntas, que achaques son los que agravan y molestan su salud? así la princesa habla: es tristeza la que tengo, aunque ignorada su causa; yo padezco, y no se cual remedio aplique á mis ansias. Prima, dame tú el remedio; y esta respuesta la daba: siendo gusto de su alteza el que mi page aquí haga algunas habilidades, lo hará; y á Carlos le manda que alegrase á la princesa. Obedeció, y que le traigan

instrumentos ha mandado: trageron guitarra y arpa, con que Carlos se portó de manera, que la infanta, si enferma se considera, mas enferma ya se haya de ver el arte y donaire, el brio, el garvo, la gala, y grandes habilidades que á Carlos acompañaban; y con vítores le ofrece repetidas alabanzas. Rematada la funcion, finalizadas las danzas, dió orden la hermosa niña que luego á Carlos le traigan, y á la demas comitiva un resfrezco de importancia. Tocando el reloj las ocho se retiran á su casa, quedándose la doliente herida en toda su alma. Viendo el padre que su hija se miraba tan postrada, mandó, como poderoso, que una junta se ordenára de médicos, y entre todos el mas sábio adivinára la enfermedad tan oculta. Hacen diligencias varias; mas como era de amor no congeturaron nada. En estos grandes enigmas dieron forma y dieron traza, por acuerdo de un anciano, el que una lista se haga de los criados que sirven, y que cada dia vayan por su turno cada uno á presentarle á su ama un ramo de hermosas flores por ver si alguno le agrada;

y que á este tiempo su padre,
 á vista de su hija amada,
 asistiese, sin que ella
 nunca alcanzase á ver nada:
 y aquel de quien recibiese
 las flores de mejor gana
 era el sujeto que quiere.
 Y dicha astucia entablada,
 empezaron á venir
 los criados de la casa;
 y no admitió de ninguno,
 antes bien los despreciaba.
 Finalizada la lista
 no quedando ya en la casa
 criado alguno discurren
 que pasase la palabra
 á casa del secretario,
 y que lo mismo se haga.
 Obedecieron gustosos,
 hasta al page Cárlos manda
 se adornase muy gallardo
 desde el cabello á la planta.
 Entró á ver á la princesa,
 hizo las acostumbradas
 cortesías, y llegó
 al pie de la misma dama.
 Presentóle en mano propia
 una compuesta guirnalda
 de suavísimas flores;
 y mostrándose alentada
 la dama, mirando á Cárlos,
 de aquesta suerte le habla:
 Cárlos, tú eres el imán
 que me tienes presa el alma,
 por tí padezco, mi bien,
 el rigor de tantas ansias;
 yo me muero, y así tú,
 como juez de aquesta causa,
 procura darme la vida,
 doliéndote de esta esclava.
 Le echó los brazos al cuello,
 y tiernamente le abraza.

Cárlos tímido responde:
 señora, advierte y repára
 que soy un hombre humilde,
 no os determineis osada.
 Parientes tiene tu padre,
 que merezcan dicha tanta,
 deja esa mala pasión.
 Mas ella enamorada,
 derramaba algunas perlas
 por sus mejillas de grana.
 En fin, Cárlos se salió
 de la vista de la dama,
 la que quedó sumergida
 en el mar de su desgracia.
 El padre que atento mira
 en que pendia la causa
 de la salud de su hija,
 mandó fuese ejecutada
 la boda con dicho page;
 y claramente le habla;
 Cárlos, ya que fue tu dicha
 quién te condujo á mi casa
 á cumplir la ocupacion
 de servir á mi hija amada,
 y que he visto á punto fijo
 que se mira enamorada
 de tus prendas, es preciso
 case contigo, y se hagan
 con brevedad vuestras bodas,
 y así dichoso te aclama.
 ¡Cuál quedaría Gertrudis,
 puesta en confusiones tantas!
 si se descubre, es perdida,
 no obstante, al príncipe habla,
 con muy discretas razones;
 pero no le sirve nada,
 y á Cárlos aseguran,
 temiendo no se les vaya.
 Dejemos en tal estado
 aquesta primera plana,
 que en otra segunda parte
 quedará finalizada.

SEGUNDA PARTE.

EN QUE SE FINALIZAN

LOS VARIOS SUCESOS

DE DOÑA GERTRUDIS,

CON EL MAS RARO CASO

QUE HAN VISTO LOS NACIDOS.

Hechas las célebres bodas con el fingido don Carlos, aquella primera noche, cumplidos los aparatos que la funcion requería, fueron los dos desposados con grandísimo placeres retirándose á su cuarto. Entró el aya de la infanta, que es quien la habia criado por la muerte de su madre, á desporjar á don Carlos. Muy alegre se llegó, mas él la detuvo el paso, diciendo: señora mia, que os retireis encargo,

dejadnos solos, señora. Obedeció á su mandato, y en una silla se sienta, amargamente llorando. La princesa que aguardaba dulces y tiernos alhagos de su idolatrado amor, le dice: ¿qué aguardas, Carlos, que no vienes á acostarte? ¿Qué mal suceso has logrado en ser mi querido esposo? Si no merezco tus brazos, yo no tengo culpa de eso; ea, mi querido Carlos, ¿por qué te aflijas, mi bien? Y él respondió suspirando:

señora, advierte y repára
 lo fúnebre de este caso.
 Yo soy muger, como ves,
 que mi riguroso astro
 á este punto me ha traído:
 dejé mis padres amados,
 por buscar un caballero
 que me amaba en sumo grado.
 He andado diversas tierras,
 visité reinos estraños
 en hábito de estudiante;
 y no habiéndole encontrado
 buscando mi conveniencia
 á este parage he llegado,
 y con trage de varon
 hasta este dia he pasado.
 Y pues su alteza me estima,
 haga este mismo reparo,
 que si me descubre soy
 perdida, y así la encargo,
 busque modo que me ausente.
 La princesa oyendo el caso,
 la dice: querida mia,
 lo que me has participado
 será muy grande misterio
 y con sigilo y recato
 haremos vida gustosas;
 pues es tanto lo que te amo,
 que teniéndote á mi vista
 no quiero mayor descanso.
 Amaneció el dia alegre
 y entró el aya de contado,
 preguntando á su señora
 cómo lo habia pasado.
 Con que la hermosa princesa
 le refirió todo el caso,
 y lo que habian dispuesto
 haciéndola estrecho cargo
 que guardase este secreto,
 y pusiese espías varios,
 por cualquiera novedad
 que ocurriese en palacio!

Con el titulo de esposos
 hasta dos años pasaron;
 y viendo toda la córte,
 y los leales vasallos,
 que pasado dicho tiempo
 no se veian coronados
 con el sucesor que aguardan,
 y que tampoco á don Cárlos
 barba ni bozo apuntaba,
 se hacian discurso varios.
 Determinaron un dia
 llevar al príncipe Cárlos
 á un jardin á divertirse,
 por si le agradan los ramos
 de flores, que es de mugeres
 colocarlas de contado
 en el pecho ó en el pelo,
 para dejar aclarado,
 si era varon ó era hembra;
 y el aya le ha contado
 el enigma que procuran
 ver disuelto; y avisado
 Cárlos, prudente y sagaz
 y propuesto á sus vasallos,
 dentro del mismo jardin,
 que esto no era de su agrado;
 y que mejor diversion
 seria volver al campo
 á cazar con la escopeta:
 con que confusos quedaron.
 En fin, por no ser molesto,
 otros dos años pasaron,
 y al fin de ellos determinan
 hacer un covite vario,
 donde pensaban poner
 asientos altos y bajos;
 y si bajo lo elegía,
 era muger; y alcanzando
 á saber lo que dispone,
 cuenta el aya le ha dado.
 Al príncipe lo convidan,
 y como iba ya avisado,

tendió la vista, y ha dicho:
 aquestos asientos bajos,
 no viniendo aquí madamas,
 creo que son escusados:
 y tomando el superior,
 dejó á todos admirados.
 Finalizando el convite,
 de todos acompañado,
 vino á ver su amada prenda,
 y el suceso le ha contado.
 Conviene advertir ahora,
 que en su pecho colocado
 trae la hermosa Gertrudis
 un precioso relicario,
 cuya estampa manifiesta
 un peregrino retrato
 de la Reina de los cielos,
 de pincel muy soberano,
 Virgen de la Soledad,
 que era su norte y amparo.
 En fin, para cerciorarse
 y determinar el caso
 en lo que apurar querian,
 determinaron que á un baño
 fuese, con que era preciso
 que quedáse declarado
 el dificultoso enigma.
 Aquí fueron los quebrantos,
 y las penas duplicadas,
 como copiosos los llantos
 que hacian los dos amantes,
 viendo que era ya llegado
 el plazo de sus desdichas.
 con la ausencia de don Carlos.
 A la sagrada María
 le ofrecen un novenario,
 si en su afliccion les consuela.
 Llegó el dia señalado
 en que habia de eumplirse
 la funcion de dicho baño.
 ¡Oh qué dolor causaría,
 qué aflicción y sobresalto,

qué lágrimas tan amargas,
 qué tiernas ansias y alhagos,
 qué sollozos y suspiros!
 ¡Qué dulces tiernos abrazos;
 qué cariños, qué coloquios
 entre los dos no pasaron!
 La princesa dió á su amante
 en una bolsa encerrados
 diamantes de gran valor,
 para vivir con descanso,
 lo que le queda de vida,
 y que nunca se halle escaso.
 Llegada que fué la hora
 en que lo llevan al baño,
 la princesa á su oratorio
 se retiró con cuidado
 á suplicar á la Virgen
 librarse de riesgo tanto
 aquella pobre infeliz.
 Llegáronse los criados
 á quererlo desnudar;
 y mostrándose él airado,
 ha jurado por su vida,
 que el que fuese tan osado
 que llegase á su ropaje,
 seria de él castigado,
 que iba á cierta diligencia,
 por un perentorio caso,
 y que nadie lo siguiera,
 que seria breve el plazo
 en que él al baño volviese;
 salióse determinado
 aquel fingido varon,
 por el monte atravesando,
 temeroso de la muerte,
 á la Virgen implorando.
 Los criados que advirtieron
 haberse ausentado Carlos,
 creyeron que cierto era
 lo que se habian pensado.
 Pero Dios compadecido
 de su riesgo y su quebranto,

quiso remediar su pena
 con un portento muy raro.
 Y fue que cruzando un monte,
 á distancia de cien pasos,
 ha divisado Gertrudis
 un unicornio que osado
 hácia ella se venia,
 y confusa en este caso,
 por querer buscar refugio,
 se arrima á un próximo árbol.
 Llegó el feroz animal,
 de un golpe la ha derribado,
 cayó de espaldas Gertrudis,
 y en su vientre le ha formado
 una muy perfecta cruz,
 y del monte se ha ausentado.
 Vuelta en sí, se levantó,
 y admirada del fracaso,
 se repára y reconoce,
 que en varon se ha trasformado.
 Fuera de sí de alegría,
 con firme y ligero paso
 hácia el baño se volvió
 donde la están aguardando,
 repitiendo en altas voces,
 prosigamos en el baño.
 Y llegando se despoja,
 quedando maravillados,
 como libres de la duda
 que de él habian formado.
 Pasadas algunas horas,
 se retiran á palacio:
 la princesa cuando vido,
 que venia tambien Cárlos,

hacia varias preguntas,
 se hacía discursos varios.
 No obstante muy cuidadosa
 por salir de aqueste encanto,
 á Cárlos aparte llama,
 y contándola él el caso
 del unicornio, le rinde
 al Señor muchos aplausos,
 dán debidas alabanzas,
 en altas voces cantando
 sus grandes misericordias,
 y sus juicios tan altos.
 Entraron con gran sigilo
 los tres que saben el caso,
 en consulta, y dispusieron
 que en secreto don Cárlos
 casára otra vez con la infanta,
 y en breve fue ejecutado.
 Pasados algunos meses,
 el cielo les ha dotado
 en darles un sucesor
 para su gusto y descanso.
 Así quedaron contentos
 y gustosos los vasallos,
 aseguradas sus dichas
 para los futuros años.
 Esto no es fábula, amigos,
 segun lo atestigua, el caso
 de esta celebrada historia,
 que en el libro intitulado:
Luchas de amor y de ingenio.
 allí está especificado.
 Y Pedro Navarro pide
 perdon de lo que haya errado.

FIN.

CARMONA:—1856.

Imp. de D. J. M. Moreno, calle Juan de la Cabra, núm. 5.